Año IX. 15 de Junio de 1877. Núm. XII.

EL ESPIRITISMO,

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.º y 15 de cada mes.

DOS CARTAS.

Querido amigo: Hace tiempo que, aunque silencioso, te sigo en tus trabajos y controversias espiritistas, y estudio esa magnífica filosofía, recopilacion de todas las verdades eternas é imperecederas que nos relata la historia de la humanidad en sus diversas fases científicas.

Bien quisiera poseer un cerebro mejor organizado, ó hablando con mayor propiedad, bien quisiera que mi espíritu hubiese desarrollado un grado de inteligencia comprensiva suficiente á penetrar cuantas soluciones se desprenden de los principios que forman su doctrina; pero ya que esto no sucede, y culpo solo á mi indolencia pasada, habré de contentarme con la dósis relativa á mi fuerza presente de entendimiento, y con la esperanza de que una actividad incansable irá poco á poco evaporando las densas nieblas que oscurecen mi razon.

Tú, que trabajas sin descanso por esparcir la luz de la verdad, y que fundas parte de tu futura dicha en la satisfaccion de haber sabido combatir como valiente soldado contra el error social, préstame la claridad que ansío; dame siquiera sea un débil destello de esa aureola que con el pensamiento miro brillar en tu cabeza, para que reflejándose en mi oscurecida mente la esclarezca é ilumine. Condúceme con tu elevado sér al corazon de los misterios: arrástrame en tus atrevidos vuelos por las inmensas regiones que

tienes la mision de investigar, y haz que contemple ese mágico y grandioso cuadro que oculta la creacion á mis miradas y que solo en mis más profundas meditaciones, allá.... en lontananza diviso, bello como una pradera de matizadas flores bañada por los primeros rayos del refuljente sol.

Traduce mis intuiciones, concreta mis ideas, arranca de mi alma la vaguedad de los conceptos que en mi cerebro bullen, y te seré deudor de una no pequeña parte de mi felicidad.

Esplícame, cómo comprendes el principio de la esencia Infinita, cómo consideras la accion primitiva de la potencia esencial, y tus inducciones sobre la produccion de la forma, base todo esto de la causa y efectos de la vida universal; pues, ciertamente, no concibo una fuerza sin accion, ni una accion sin resistencia.

Dispensa esta pequeña molestia que con laudable intencion te proporciona tu amigo verdadero que te quiere.

X.

CONTESTACION.

Mi más vehemente deseo, ilustrado y querido amigo, seria poder corresponder hoy á la confianza científica que por tu natural benevolencia, pues me encuentro desnudo de toda competencia para el caso, depositas en mi, consultándome cuestiones tan complicadas como difíciles, y que mi pobre criterio no ha de saber dilucidar con la exactitud conveniente para que tu inteligencia, ávida de luz y de progreso, adquiera el conocimiento de las verdades relativas que conocer pretendes.

Cierto, que trabajo poniendo en actividad mis fuerzas intelectuales, por la propagacion de la doctrina que ambos profesamos, que tantos consuelos ha sembrado en nuestros corazones, y que tan bellas y legítimas esperanzas ha hecho brotar de nuestras almas. Cierto tambien, que mi más grande dicha la cifro en luchar en el campo fecundo de la controversia, en blandir las armas de la razon contra las preocupaciones del instinto, procurando matar errores, destrozar absurdos y aniquilar sistemas; pero son mis fuerzas tan escasas, que solo me es dable vagar por la superficie de los asuntos sin poder aun penetrar un paso más allá de los preliminares.

Así, pues, querido hermano, esa brillante luz que con tanto anhelo buscas para satisfacer en sus fulgores la santa sed de tus aspiraciones, no la ostenta mi espíritu que harto pobre y atrasado vive en la opacidad de los misterios, sin hacer otra cosa que vislumbrar confusa y rápidamente algunas imágenes de las magnificencias celestes reservadas como premio divino á la sabiduría y á la virtud.

Esa aureola que te parece ver brillar sobre mi cráneo, no es la pura irradiacion del alma que traspasa el fanal de su fluídica envoltura para recojer el fuego sacro de la inspiracion y proyectar despues su foco en bellas y sensibles formas de comunicacion: no, sino las encendidas chispas de mis vehementes anhelos, los fugaces relámpagos que al choque de mis continuos esfuerzos se desprenden del espíritu, la llama viva de mis arraigadas convicciones, de mis positivas esperanzas, de mi profundo reconocimiento á Dios.

Ah!... si yo fuera un sér tan elevado como tú galante modestia me supone; si mi espíritu pudiera sumergirse en esas escelsas regiones donde la verdad se ostenta, y flotando en su ambiente libar la inspiracion del génio, yo te elevaria conmigo á ellas, tambien arrastraria en pos de ambos á otros muchos espíritus que como nosotros ansian embriagarse con los deliciosos aromas que exhala la verdad: entonces no pedirias en vano! Pero desgraciadamente sucede lo contrario: densos flúidos forman mi envoltura periespiritual y limitan la irradiacion de mi espíritu, privándole de las condiciones necesarias para estender la potencia de sus facultades hasta esos luminosos é inconmensurables horizontes donde el reflejo divino se manifiesta más sensible, y escudriñar la ciencia relativa de las cosas, las leyes que gobiernan la creacion, los sorprendentes efectos de todas las evoluciones del universo, y la admirable solidaridad que liga á todos los fenómenos desde la más perfecta pasividad hasta la actividad más elevada, desde la nada del espíritu hasta el todo de la inteligencia. Sí, créelo y no lo atribuyas á modestia: para mi alma todavía se encuentra muy oscuro ese lazo armónico que constituye la belleza del conjunto, y aunque lo presiento, no puedo deducirlo de las sensaciones objetivas, no puedo traducirlo en razonamientos concretos porque mi atraso científico es inmenso, y la induccion, para que sea aceptable y lógica, debe ascender á la síntesis desde

el análisis real, puesto que sin tan indispensable fundamento se edificaria sobre movediza arena, haciéndose imposible la solidez de las teorías, y consecuentemente la aceptacion de las ideas.

Así pues, ilustrado hermano, modifica en obsequio á la verdad tu honroso juicio respecto á mi aptitud inteligente, y reclama de otros séres que sean verdaderamente luminosos esos destellos que con tan levantado objeto ansias; aspira en sus lecciones la pura esencia de la revelacion; bebe en sus autorizados comentarios la dulce ambrosía de la verdad, y asciende con ellos á las alturas de la ciencia fundamental, causa y orígen de nuestra ciencia humana, solo accesible á la investigacion de los espíritus elevados. No esperes de mi pequeñez la fiel iluminacion de ese infinito cuadro que en lontananza divisas, y que como tú contemplo opaco, y necesito que una inteligencia clara lo ponga á foco de mis percepciones y lo determine á mi razon en sus más delicados detalles, en sus más difuminadas tintas, en sus más ténues armonías. Sí; yo, como tú, necesito que me traduzcan mis intuiciones al idioma humano; que despojen de mi cerebro ese velo tupido que ofusca mis ideas y envuelve las imágenes más bellas en una densa niebla; que arranquen de mi espíritu la vaguedad, para que lo que subjetivamente concibo, pueda objetivamente conocerlo. Porque tambien yo, como tú, busco anhelante el significado sensible de un lenguaje que escucho en mis meditaciones, y cuyas ideas se desvanecen como las sombras de un sueño al pretender sujetarlas con el potente lazo de la memoria: ideas luminosas y sublimes que revelan al alma parte de lo desconocido, y que al tornar de ese estado ipso-magnético á la existencia de relacion, se pierden por completo leyendo solamente la evidencia de que se poseyeron, y la tristeza de las tinieblas en que de nuevo nos dejaron sumerjidos.

Pero si bien reconozco todas las dificultades que en mi concurren para poder penetrar en la region de las verdades relativas adonde me llamas, he de demostrarte siquiera sea mi valor y mi deseo (mejor dijera, mi osadía) caminando hácia ella hasta el punto en que desfallezca mi espíritu y caiga exánime mi inteligencia. ¿Qué debe importarle al que ingénuamente se confiesa muy pequeño, patentizar su pequeñez? ¿De qué sirve una grandeza ficticia oculta por un momento tras la careta de la carne, si en la existencia del espacio, adonde todos debemos en breve con-

currir, solo puede ostentarse el verdadero desarrollo, la exacta manera de ser *característica* de cada individualidad, la cifra positiva que determina el grado de luz, de ubicuidad y de penetracion, cualidades todas que irradian en el éter y las percibe el espíritu, adquiriendo la certeza de la potencia intelectual y moral que posee cada uno de sus hermanos...?

Más vale la humildad en el mundo de los hombres, que la vergüenza en el de los espíritus.

Pero basta de consideraciones, y escucha mi opinion, aunque extractadas sobre los asuntos que la solicitas:

En la eternidad, existia toda la esencia que constituye el Infinito.

Pero en el Infinito esencial aun no existia la forma.

La esencia, es de toda eternidad.

La *forma* en la esencia, es lo que pudo tener un principio.

La *creacion*, solo puede ser aplicable á la *forma* esencial.

La esencia eterna é informe, era flúido espiritual.

Y el Infinito de flúido espiritual, era Dios.

* *
*

La esencia espiritual infinita, poseia desde la eternidad dos modos de sér.

Uno, absolutamente desarrollado, absolutamente poderoso, absolutamente perfecto.

Esta esencia espiritual, constituia al *Ser Supremo*.

Otro, sin desarrollo, sin poder, é imperfecto; pero apto para un indefinido desarrollo, para un indefinido poder, para una indefinida perfeccion.

Ambas esencias espirituales, formaban el Todo, el Infinito, Dios.

Porque Dios, es el Infinito, el Todo: la union de esos dos *modos* esenciales: la síntesis de esas dos esencias espirituales.

La esencia poderosa, desarrollada y perfecta *por sí*, el *Sér Supremo*, el alma de Dios.

La esencia sin poder, sin desarrollo ni perfeccion *por sí*, el elemento para la *formacion* de todos los *séres relativos*; el *cuerpo*, ó mejor, la envoltura de Dios.

Dios, pues, el *Sér absoluto*, el *Sér Infinito*, el *Sér perfecto*.

Dios, pues, la esencia espiritual activa, sensible, inteligente, libre y poderosa *por sí*, sintetizada con la esencia inactiva, insensible, ininteligente y esclava *por sí*.

Dios, pues, el elemento que posee y el que no posee; el elemento que da, y el que recibe.

Dios, Todo.

* * *

Hemos supuesto un principio.

Porque la eternidad pertenece á la esencia.

Y el principio á la *modificacion* de la esencia.

Aunque la esencia factible de modificacion (que es el elemento constituyente de los séres relativos) vendria evolucionando desde la eternidad.

Pero, supongamos que desde la eternidad de su existencia preparábase á la actividad, recibiendo la influencia de la esencia perfecta, y fijemos un punto en la idea del tiempo donde comience la accion perceptible, manifestativa de la esencia.

La inercia cesó.

La esencia espiritual inactiva, bajo la influencia del *Sér Supremo*, de la esencia activa y poderosa, adquirió el primer grado de perfeccion de que era factible, por su propia naturaleza.

Y nació la fuerza esencial, y la necesidad de accion.

El átomo dinámico, forzado á obrar sobre una resistencia, y no hallándola exterior, tuvo que obrar sobre su resistencia misma.

Y la condensacion se inició en sus grados más ténues, viniendo en ella el nacimiento de la forma.

Una parte de la esencia obró su fuerza sobre sí, en sentido coercitivo y realizó con las concentraciones ó densidades, las resistencias esteriores sobre que empezó su accion el resto de la esencia.

Y se formaron las dos tendencias de accion.

De estos movimientos surgieron los flúidos, los gases y los cuerpos.

Estas *formas* de la esencia dieron lugar á diferentes grados de fuerza.

Y aplicada la ley de Dalton á todo género manifestativo de la esencia activa, «dos flúidos, dos gases, dos cuerpos, ó lo que es

lo mismo, *dos condensaciones*, pueden formar otras muchas diferentes, combinándose en diversas proporciones,» nos esplica el infinito de manifestaciones esenciales.

* * *

Siempre te quiere tu verdadero amigo

M.

LA VERDAD DEL ESPIRITISMO.

Espiritismo! Tú eres el idioma de la creacion!

¡Tú eres la lengua universal! la más sencilla, la más fácil, la más comprensible entre todos los dialectos de las demás religiones.

El espiritismo no tiene más templo que el universo.

Sus altares la caridad y la ciencia.

Sus santos las almas buenas, y los hombres sábios.

Su clero la humanidad.

Cada individuo es sacerdote de sí mismo, confesor y guia espiritual.

El espiritismo es la verdadera ley de Dios grande, clara y lógica.

Muchos niegan su existencia, pero hay momentos en la vida en que se verifican hechos tan innegables, que derrumban todas las necias negativas de los incrédulos, y los más obstinados antagonistas tienen que inclinar la cabeza y reconocer una fuerza superior y desconocida.

Que vengan los materialistas á probarnos cuanta cantidad de fósforo tiene que ponerse en ebullicion, para que veamos claramente las catástrofes que suceden á corta distancia de nosotros, sin que nadie tenga noticias de ellas, ni nuestros ojos materiales las vean; y sin embargo, nuestra mente las vé, nuestro cuerpo se estremece, un horror sin nombre nos domina, y al fin decimos: consumatum es: é impulsados por una fuerza estraña corremos á un parage determinado, y allí vemos la realidad de nuestros fatales presentimientos.

Materialistas! venid con vuestra ciencia á explicarnos la causa de este efecto. Acaba de suceder uno de esos tristes acontecimientos que dejan sumidos á una famila en el dolor, suseso que nos ha impresionado y nos induce á escribir estas páginas.

Un matrimonio honrado y laborioso vivia con sus dos hijos uno de cuatro años, y otro de dos y medio en una fábrica de cintas, sita en la villa de Gracia, provincia de Barcelona. Los dos niños eran el encanto de sus padres y la alegria de todos los trabajadores y dependientes de la casa por sus simpáticas figuras, por su charla graciosa y expresiva, y su carácter dulce y jovial.

Era el mayor de ellos muy aficionado á jugar con el fuego: siempre que podia encendia bujias y daba saltos sobre ellas. Una mañana su madre (que no es espiritista) y hacemos esta salvedad para que vean nuestros lectores que no se entregaba á estáticas alucinaciones, ni á sueños proféticos y solo veia lo que buenamente se presentaba ante sus ojos.

Una mañana, esta pobre madre, vistió á sus hijos, les dió de almorzar y dejándolos encerrados en su habitacion, (sin duda para evitar que se cayeran entre las máquinas y se lastimáran,) se fué al taller: á poco rato, cosa extraña, se sintió dominada por el sueño, sueño estemporáneo; pues era en las primeras horas de la mañana, y segun ella cuenta vió en su sueño que su hijo mayor se caia de una altura, y ella se precipitaba con él tratando de sugetarle, pero que al mismo tiempo soñó que se despertaba y se decia á si misma,—qué locura la mia; no se pueden caer, si están encerrados: tras esta reflexion oyó una voz que le dijo—no se cae, pero se quema:—nó; nó; dijo la pobre jóven, no se puede quemar, no pueden alcanzar los fósforos. Sí; sí; se quema, corre, corre que se está quemando; la infeliz madre despertó sobresaltada, miró en torno suyo como una loca y gritó horrorizada: ¡mi hijo se quema! y con frenética lijereza llegó á la puerta de su cuarto, la abrió violentamente, y una nube de humo la envolvió por completo, resonando en su oido la voz de su hijo menor que le decia: ¡Madre! ¡madre! Baldirio se quema!....

¡Ay! el pobre niño no sabe áun el valor gramatical de las palabras: y en su ignorante inocencia ocultaba una parte de aquel horrible drama diciendo ¡Baldirio se quema! Aun dejaba una esperanza aquel tiempo presente.... mas ¡ay! Baldirio estaba quemado: la consumacion de la obra ya pertenecia al pasado.

Aquella cabeza que habian perfumado los lirios de cuatro primaveras, y que tantos besos habria recibido de su jóven madre estaba horriblemente desfigurada, sus ojos dilatados, su frente ennegrecida, y todo su cuerpo deforme por la carbonizacion.

¿Cómo pudieron alcanzar los fósforos?

¿Cómo se incendió el uno y se pudo salvar el otro? Hé aqui un drama del que nunca se sabrán los detalles de las escenas prelimanares: porque estas no tuvieron más testigo que un niño de dos años y medios; la escena final es la que conocemos, horrible por el género de muerte, y por ser hasta cierto punto imprevista; pero no nos sorprende la muerte de Baldirio ni las lógicas consecuencias que ha tenido, pues su padre ha quedado petrificado, ni habla, ni llora, ni se alimenta; la pobre madre está enferma y el niño fuertemente impresionado llama á su hermano con desconsuelo.

Todo esto es muy natural, si Baldirio como á casi todos los niños, le gustaba jugar con el fuego, era lo más facil que buscára todos los medios para encontrar su predilecto entretenimiento; mucho más que tendria necesariamente que buscarlos para poner fin á su vida que no escogió más prueba en la tierra que algunos momentos de dolor material, ó bien se puede decir, que vino á este mundo, no á sufrir él, sino á hacer padecer á su madre; pero lo que nos hace pensar es el sueño de la pobre obrera, que en las primeras horas del dia se sintió subyugada por aquel magnetismo desconocido, sueño que la infeliz refiere con doloro asombro.

Que venga la ciencia helada á decirnos con quien sostuvo aquel diálogo la madre sonámbula.

El espiritismo es el único que nos puede dar una explicacion racional de un hecho sobrenatural para muchos, lógico y sencillo para nosotros.

El espíritu protector de ella conociendo el horrible choque, la violentisima crísis que iba á sufrir la pobre madre, la advirtió el peligro en que estaba su hijo; pero como los hechos decretados tienen que cumplirse, ella se entretuvo en discutir, porque aquellos momentos era el tiempo fijado para la muerte de su hijo.

¡Podre madre! dichoso el pequeño Baldirio, que durante su corta estancia en la tierra solo recibió halagos y caricias, y á su memoria muchas almas piadosas llorarán con profunda pena; nosotros te envidiamos, buen espíritu, porque comprendemos que ahora es cuando vuelves á la vida.

¡La tierra es tan triste! ¡se desencadenan aquí ódios tan inveterados!....

¡Se adquieren enemigos tan irreconciliables!....

Hemos presenciado últimamente una escena que nos ha impresionado muchísimo, y nos ha hecho bendecir el espiritismo porque guiados por él, seremos mucho mejores de lo que hemos sido hasta aquí.

Tenemos el gusto de tratar á una familia buena y agradable: entre los varios individuos que la compone hay una jóven que tendrá diez y ocho años, de carácter dulce, reservado, y sumamente tranquilo.

Su mirada es serena, su rostro cándido, y de su juvenil cabeza penden con lánguido abandono sus rubias trenzas; es una niña triste que parece dejar con pena su trage y su peinado infantil, quiere mucho á su madre, y la bendice en todo con sencilla y amorosa humildad, es un sér en fin que no ha venido al mundo á representar comedias, en ella todo es pacífico, reflexivo y digno; pues bien; esta jóven hace pocos dias que se quejó de una gran opresion al pecho, se quedó concentrada y principió á dar unos gritos horribles, á llorar desaforadamente y solo á fuerza de envolverla en buenos flúidos, se logró sacarla de aquel triste estado: en el cual volvió á caer pocas horas despues.

Enterado de estos accidentes un buen médium, cuyos benéficos flúidos han hecho á muchos enfermos dejar su lecho, magnetizó á la jóven que principió á gritar, y á contraerse violentamente.

El médium, con esquisito tacto, y gran mesura principió por decirle á aquel enemigo invisible.

—Buen espíritu, sin duda alguna tú sufres cuando atormentas de este modo á esta pobre niña que no creo te halla causado daño alguno, ¿te ha hecho algun mal?

—Nó; contestó secamente el espíritu.

—Pues entonces por qué la atormentas así. ¿Tienes ódio á alguno de la familia?

—Sí.

—¿Y no sabes que es preciso perdonar, para que Dios nos perdone? ¿quieres perdonar á tus enemigos?

—Nó; nó; no quiero, no quiero; contestó el espíritu con un acento amenazador reflejando en el rostro de la médium un ódio implacable.

—Pues bien, cuéntame porque no quieres perdonar, dime quién eres, cuál es tu historia; y trás de estas palabras siguió empleando el médium toda clase de ruegos y de súplicas, que no obtuvieron más contestacion que un profundo silencio.

—¿Quieres, dijo el magnetizador, decirle á otra persona lo que te aqueja?

—Sí, sí.

—¿Quieres hablar con la madre de la jóven que te sirve de instrumento?

—Sí; sí, sí, contestó el espíritu irguiéndose la niña con terrible ademan.

Salimos todos del gabinete y solo quedaron la madre y la hija: ésta última se levantó furiosa diciendo ¡yo soy Margarita!

—Deja, deja, á mi pobre hija, espíritu maldito, contestó la madre con acento encolerizado y trémulo á la vez, gritos incoherentes siguieron lanzando ámbas, que fueron interrumpidos por el poderoso médium que puso fin á una escena verdaderamente conmovedora.

Aquella niña cándida y buena, elegante y distinguida que siempre está serena y tranquila verla convertida en una furia indomable....

Aquella criatura tímida y reservada cuya voz apenas se oye, oirla gritar y amenazar á su madre, que si esta no se retira la hubiera golpeado, aquel efecto tangible que se veia, que se tocaba, ¿dónde? ¿dónde estaba su causa, sábios materialistas?....

Al dia siguiente nos fué contada la historia de aquel espíritu que se llamó Margarita, espíritu intimamente ligado con la famila de la pobre niña que atormentaba. No es nuestro ánimo comentiar dicha historia porque aún están en la tierra varios de los individuos que tomaron parte en ella.

Nosotros en esta ocasion ni santificamos á los vivos, ni acriminamos á los muertos, solo diremos que existe un ódio feroz é inesinguible en el espíritu de Margarita, que despues de seis años de haber dejado la tierra viene hoy á atormentar y á martirizar á aquellos con quien vivió en este mundo, y á escogido el instrumento más docil, más bueno, y más inocente que puede desearse.

La jóven á quien aludimos es incapaz de una supercheria, y además es imposible, absolutamente imposible, que solo con su voluntad pudiera tener aprella expresion en su semblante, aque-

lla entonacion en su voz, y aquel ademan en su diestra pequeña y delicada.

Cuánto nos ha hecho pensar este drama interno de una familia, porque hemos visto que los años son ménos que segundos, que la muerte es un mito, y que nunca nos vemos libres de nuestros enemigos ni de nuestros jueces.

Hemos visto la eternidad de nuestra vida, real, positiva, innegable, esto no era un espectáculo teatral como el de los hermanos Davemport.

No era una sesion del señor Slade á tanto la entrada, nó; era una manifestacion espontánea, era una queja amarga y desesperada, era una recriminacion aterradora.

Se comprende que la pobre Margarita, es un espiritu de los más inferiores, y es cosa probada que mientras más inferioridad moral tiene un sér, ménos se conocen sus defectos, y naturalmente más injustos le parecen los dolores que sufren en la tierra.

Por una série de circunstancias que no podemos referir ahora, Margarita murió en el hospital, y al aconsejarle el médium que perdonara las ofensas que le hicieron en la tierra, el espiritu con acento entrecortado por la ira, ira reconcentrada de muchos años, murmuró sordamente:

—¡Ah! tú no sabes, que me encerraron en un hospital!....

Aquellas palabras concisas y apagadas, nos hicieron sentir frio, pero un frio intenso.

Sentiamos cerca de nosotros un enemigo formidable, cuya cólera oculta é invisible nos hacia temblar, no veiamos, no tocábamos su forma, pero aspirábamos con dolorosa ansiedad su aliento, y mil y mil reflexiones se agolpaban á nuestra mente porque veiamos desvanecerse la muralla ciclópea de la tumba, y hundirse en el polvo el fantasma de la humana vanidad.

Veiamos que la ignorancia es la plaga más horrible que puede caer sobre la humanidad, porque la estaciona en la tierra, y la detiene en el espacio como hemos visto en la infeliz Margarita, que vive entre sombras desde que dejó la tierra.

¡Oh verdad espirita! ¡oh comunicacion ultra-terrena! cuánto vales, y como se diferencia la verdad de la impostura.

El espiritu que sufre cuán lentamente camina! no hay esas transformaciones súbitas, su marcha es penosa y jadeante.

La vida espiritista tambien tiene sus comediantes, pero son tan

malos los actores que merecen una silba por su mala ejecucion.

Ahora que sin buscarlo, sin pedir nada, se nos ha concedido ver lo que el vulgo llama un fenómeno, nos inspiran más lástima los falsos médiums, y aun más que á ellos, compadecemos á los pobres ignorantes que los creen.

Es tan distinta la verdadera comunicacion de la falta, como es distinto el fuego de le nieve,

Como el amor del ódio,
Como la ciencia de la ignorancia,
Como la avaricia de la caridad,
Como la luz de la sombra.

¡Bendita! bendita sea la hora que conocimos el espiritismo, manifestacion de la infinita grandeza del omnipotente.

¡Síntesis de su justicia! espejo de nuestros hechos.

¡Fotografía de nuestras existencias!

¡Qué parecido tienen nuestros retratos!

¡Cuán exactos son!

¿Y cómo no serlo? Si en la cámara oscura de la eternidad ¡Dios es el fotógrafo!

Amalia Domingo y Soler.

Gracia.

LA PREVENCION.

Nada más fatal y de peores resultados que la prevencion. Ella es la que trastorna el concepto que deberiamos formar de las personas y las cosas, y por causa de ella juzgamos faltando á nuestra conciencia y, lo que es más lastimoso, á la verdad. La prevencion es como un cristal que algunas veces la mala fé y casi siempre la ignorancia colocan delante de nuestros ojos y entre nuestro entendimiento y el mundo externo. Ese maldito cristal tiene la particularidad de cambiar siempre la forma de los objetos; ó abulta ó empequeñece, ó nos muestra cualidades en donde hay defectos, ó nos muestra defectos donde hay cualidades. Ya veis, pues, que la prevencion, los anteojos del entendimiento, como podriamos justamente llamarla, no debe en ningun caso ser admitida, porque siempre proporciona funestos resultados.

Si examinásemos atentamente, como deben estudiarse las materias importantes, si estudiásemos, repito, los males de la sociedad actual, ese profundo desórden que reina en la superficie y en el fondo, no hay duda que encontraríamos su gran causa ó al ménos una de las causas esenciales en la prevencion. ¡Ver las cosas de diferente modo de lo que son! ¡engañarnos conscientemente! ¡haber juzgado del objeto ántes de ver el objeto! ¡aceptar la preocupacion, la calumnia, el rumor, la tradicion, como base de nuestro criterio! ¿Puede algo producir mayores trastornos que todo esto? ¿hay en algo, como en esto, gérmenes más profundos de desarreglo y de desórden latentes?

Y adviértase que la prevencion es tan general en la sociedad, causa tanto estragos, que bien podemos calificarla de gran epidemia moral. Está en el ambiente que respiramos y palpita en nosotros mismos á pesar nuestro. ¿Quién puede librarse de esa plaga? ¿quién puede decir con verdad, que juzga serenamente y sin prevencion? ¿quién es el sér tan moralmente libre que haya roto tantos lazos como nos tienden desde que nacemos la preocupacion, la tradicion, el *sentido comun* y todo ese enjambre de realidades y de abstracciones que conspiran contra el bienestar de la raza humana? ¿Quién es capaz de enorgullecerse y de llamarse libre? ¡Ah! todos somos esclavos de la prevencion, y hasta el hombre que se cree más despreocupado presta culto á ese terrible ídolo que nos impone sus leyes y que demanda nuestra adoracion. Todos empezamos cada uno de nuestros juicios sobre cualquier objeto, admitiendo, involuntariamente á veces, una porcion de juicios de otras personas; todos, ántes de juzgar, ya nos inclinamos anteriormente á condenar sin causa ó á absolver sin motivo.

De la prevencion nacen inmediatamente tantas reputaciones falsas que se ostentan en elevadas esferas, el olvido y desprecio inmerecidos para tantas inteligencias de primer órden, la coronacion de los vicios y la postracion de las virtudes. Por causa de la prevencion existen esos pedestales en que se sostienen falsos héroes y falsos sábios y falsos artistas; pedestales que bastaria á derribar un soplo de crítica serena y por lo tanto justa. Por la prevencion admitimos á ciegas, sin replicar, que el bien general *siempre* combina bien el plan de batalla, que el buen político *siempre* gobierna bien, que el buen escritor *siempre* produce buenas obras, etc., sin pensar que la inteligencia humana es débil y des-

igual. Por la prevencion creemos que el que está mal reputado moral é intelectualmente—sin examinar si es justa ó injusta esa mala reputacion—nada bueno puede producir, y aún que veamos algo bueno producido por el desdichado, decimos que lo bueno es malo. Por la prevencion más nos fijamos en la forma que en el fondo, y acatamos siempre, aún sin motivo, á las notabilidades, á las jerarquías, á las dignidades, por más que la pedantería las revista. Por la prevencion no reparamos en el sábio modesto, en el modesto héroe, en el virtuoso modesto, que pasan desconocidos por nuestro lado, sin énfasis y sin alarde de lo que valen. Por la prevencion somos esclavos de la rutina y negamos los adelantos que no comprendemos, y nos reimos de las obras de inteligencia sin fama, y llamamos delirios á las frases del sábio superior á su época y aplastamos al que intenta disipar ese enjambre de preocupaciones que nos esclavizan.

Despues de todo esto id á hablar de crítica, empeñaos en guiar á esa sociedad que marcha tan desviada, cuando vosotros mismos, los que quereis guiar é ilustrar, estais dominados por la prevencion. Creo que hoy por hoy es imposible la crítica, porque los mismos que la ejercen aceptan rutinas, preocupaciones y prejuicios, y no juzgan la obra sin atender al autor, partido á que este pertenece, religion que profesa, atmósfera en que vive, capital con que cuenta, crédito de duelista afortunado, etc., etc.

¡Oh! ¿cuándo desaparecerá de entre nosotros la prevencion, esa constante enemiga del progreso, del bienestar, de la virtud y del talento? ¿cuándo juzgaremos con serenidad? ¿Cuándo la infamia, la calumnia, la envidia, la adulacion, toda la inmensa pequeñez humana, no acompañarán á la crítica? Pero ay! esos son sueños demasiado felices para que puedan realizarse en la humanidad, que está condenada á vivir siempre en la desdicha.

J. Martí Folguera.

(De *El Eco del Centro de Lectura* de Reus.)

LAS TIERRAS DEL CIELO

por Camilo Flammarion.

III.

El planeta Mercurio.

Mercurio es el planeta que conocemos más próximo al Sol; gravita sobre una órbita cuya distancia média del centro es de 57.250.000 kilómetros, ó 14.300.000 leguas; y como esa órbita no es circular, sino elíptica muy pronunciada, entre su perihelio y su afelio hay seis millones de leguas de diferencia.

Emplea ese planeta ochenta y ocho dias en recorrer su órbita, cuyo perímetro mide 89 millones de leguas, y camina con la velocidad de 46.811 metros por segundo, más de un millon de leguas por dias. La revolucion ó año de Mercurio es exactamente de ochenta y siete dias, veintitres horas, quince minutos y cuarenta y seis segundos.

A causa de su proximidad al sol, no es visible para los habitantes de la tierra más que por la mañana y por la tarde, en la aurora ó en el crepúsculo. Su volúmen es de diez y ocho veces más pequeño que el del globo que nos sostiene; su superficie es siete veces menor; su diámetro excede poco de la tercera parte de la tierra, está en la proporcion de 376 á 1.000 midiendo 1.200 leguas.

La antigüedad india, la egipcia y la caldea conocieron este planeta; pero la primera observacion astronómica que á nosotros ha llegado, solo data de docientos sesenta y cinco años antes de nuestra era, no habiéndose distinguido algunos detalles del disco de Mercurio hasta fines del último siglo, y siendo aun hoy uno de los planetas menos conocidos. Las últimas observaciones permiten suponer que jiran sobre sí mismo en veinte y cuatro horas cinco minutos, pero este dato no es absolutamente exacto. Así tambien, su proximidad al sol y la blancura de su luz dificultan mucho la observacion de su superficie. Sus estaciones, que solo duran veintidos dias, deben ofrecer cambios notabilísimos de temperatura; y aunque sus dias son de un tiempo casi igual á los nuestros, su año es la tercera parte menos que el de la tierra. Han podido observarse las asperezas de la superficie de Mercurio; pero de su geologia solo puede afirmarse que existen en él muy elevadas monta-

ñas, sin que hasta ahora se hayan visto erupciones volcánicas. Sus pasajes delante del sol han dado los primeros indicios de la atmósfera de ese pequeño mundo, y las penumbras en él observadas vienen á corroborar aquellos indicios.

Puede, pues, aseverarse hoy que Mercurio está rodeado de una atmósfera considerable, en la cual flotan vapores absorbentes; que su suelo es muy accidentado; que sus años son muy cortos y sus estaciones muy rápidas; que sus dias son relativamente largos, y que el sol le dá mayor cantidad de calor que la enviada á la tierra.

«Viendo el mundo de Mercurio gravitar como la tierra alrededor del sol, llevado en alas de la misma fuerza que sostiene á nuestro planeta en el espacio, regido por las mismas leyes, bañado en los fecundos eflúvios de la luz y del calor solares; rodeado de una atmósfera en la cual flotan nubes, soplan vientos, caen lluvias; cubierto de un suelo accidentado donde altas montañas ostentan sus elevadas cimas; dotado, en fin, de movimientos que le dan años, estaciones, climas, dias y noches, nuestra razon, nuestra lógica, dice que esas causas deben producir efectos; y áun cuando la posicion desfavorable de ese mundo á nuestra mirada impida distinguir su superficie y no nos permita dibujar su carta geográfica (como ha podido hacerse con Marte), sin embargo, los ojos de la inteligencia completan los del cuerpo, y ven debajo de esa capa de nubes que nuestros telescopios no perciben aún una vida inmensa y agitada desplegándose sobre toda la superficie de ese planeta como sobre la del nuestro, y cumpliendo sus destinos al mismo tiempo que se cumplen los nuestros en este mundo. Esa vida la adivinamos, sin verla, del mismo modo que viendo pasar á lo lejos un convoy de ferro-carril, adivinamos, sin verlo, que los diversos wagones van ocupados por viajeros. Si, sin duda; muéstrasenos con bastante evidencia los testimonios de la vida física sobre el planeta Mercurio para suponer ni por un solo instante que eso sea un engaño, y para imaginar que un milagro permanente de esterilidad impida al aire, al agua, al sol, al viento, á la lluvia, al calor del dia, á la calma de las noches, á las frescuras de las mañanas, al abrazo fecundo de las tardes, haber producido sobre ese globo, como sobre el nuestro, los millones de séres vivientes que se suceden de generaciones en generaciónes y pululan por toda la tierra.»

¿Qué clase de vida es esa? ¿Existe allí una humanidad idén-

tica á la nuestra? La investigacion astronómica llegará un dia, no lo dudemos, á resolver esos problemas; entre tanto podemos estudiarlos, y el análisis y la síntesis científicos nos permitirán quizá contestar.

Entre las causas que obran sobre cada planeta para determinar el estado y las formas de la vida en su superficie, hay tres principales, cuya accion es esencial, y en las que debe fijarse especialmente nuestra atencion: primera, las diferencias de calor y de luz que reciben del sol; segunda, las diferencias de la pesantez de los cuerpos en su superficie; tercera, las diferencias de constitucion física y de densidad de la materia de que están compuestos.

Mercurio es el mundo que recibe del sol más calor y luz; la intensidad de la radiacion solar es allí cerca de siete veces mayor que para la tierra. El eje de rotacion aparece inclinado 20 grados sobre el plano de la órbita, y teniendo por consiguiente, el ecuador una inclinacion de 70 grados, el sol alumbra de lleno uno de los polos en uno de los solticios, y el otro polo en el solticio opuesto; de suerte que las regiones polares son, á la vez, abrasadoras y heladas, en un intérvalo de medio año mercuriano, ó de cuarenta y cuatro dias.

Aunque esa inclinacion no se haya determinado con seguridad, es cierto sin embargo, que Mercurio tiene estaciones pronunciadas, pues aún presidiendo de aquella la variacion considerable de su distancia al sol, durante el curso del año, seria suficientemente para causarle estáciones muy sensible, originando diferentes regiones del planeta. En su periheio recibe diez veces y media más luz calor que nosotros recibimos, y el disco solar le aparece diez veces y media mayor. La principal diferencia que distingue á Mercurio de la tierra, parece, pues, consistir en la temperatura.

Pero no es solo la cantidad de calor directamente recibida del sol lo que hay que considerar para formarse exacta idea del estado de temperatura en la superficie de un planeta, sino principalmente el estado de densidad y humedad de la atmósfera.

Aun cuando, como hemos dicho el planeta Mercurio no es fácil de observar, juzgando por su aspecto, su atmósfera es mucho más densa que la nuestra, y parece como cubierta por considerables masas de nubes, formando muchas capas desunidas y proyectando sombra las superiores á las inferiores. Esto se deduce de las observaciones hechas sobre su luz.

El cálculo de densidad datade pocosaños, y el estudio de las perturbaciones producidas sobre el cometa de Eucke, ha conducido á la conclusion de que el globo de Mercurio pesa cerca de quince veces ménos que el globo terrestre. La pesantez en su superficie es casi la mitad menor que aquí: un kilógramo trasportado á Mercurio, no pesaria más que 521 gramos.

El análisis de los detalles del organismo vital nos induce á ver en ese mundo séres necesariamente diferentes de nosotros por la diferencia de los medios.

«En resúmen; las condiciones de la vida en la superficie del planeta Mercurio, son diferentes de las de la tierra. La temperatura debe ser allí más elevada, á pesar de las nubes de la atmósfera, las estaciones son más marcadas y sobre todo más rápidas que aquí: cada año no cuenta más que ochenta y ocho dias, y un centenario no tiene más que veinticinco de nuestros años: el planeta es pequeño y las provincias en que se divide no pueden tener gran extension. Los materiales de que están compuestos los séres y las cosas son algo más densos que los nuestros, pero la pensatez es allí la mitad más débil que aquí. Ese mundo presenta, pues, grandes diferencias respecto al nuestro. ¿Han de llevarnos esas diferencias á la idéa de que no puede existir la vida en la superficie de ese planeta? Seguramente, no; el espectáculo de la tierra basta para mostrarnos que la formas de la vida dependen de las condiciones del medio en que se encuentra, y que varía segun esas condiciones varian.»

Todo ello nos autoriza á pensar que en Mercurio existen séres, y una raza animal superior y razonable que se ha elevado sobre sus antecesores y que vive por la inteligencia. No diremos, como el ilustre astrónomo Huygens; que las plantas, los animales y los hombres de los otros planetas sean cual los del nuestro; pero sin anticipar demostraciones que vendrán luego, afirmaremos que los séres y los hombres de los otros mundos no pueden parecérsenos.

En cuanto á Mercurio en particular, que es uno de los planetas ménos conocidos, solo podemos adivinar que siendo en él las condiciones de la vida ménos favorables que aquí, sus habitantes deben ser inferiores á nosotros en sensibilidad y en inteligencia, diferir mucho de nosotros por su forma, ser allí de una constitucion más sólida, y vivir más rápidamente.

Las primeras células orgánicas se han formado en Mercurio bajo un grado calorífico superior al nuestro, con una densidad superior tambien; la vida, pues, ha comenzado y se ha deserrollado allí por una via completamente diversa de la série terrestre, y esas diferencias suponen diversidades correlativas en la organizacion de los séres.

Pero si los cuerpos difieren de los nuestros, no así las almas ni los principios de la razon, porque entre los espíritus solo pueden existir grados, no de semejanza. Si no se han demostrado aun definitivamente estos asertos, no dudemos que la contemplacion de la naturaleza nos suministrará cada dia testimonios nuevos en favor de la bella y grandiosa doctrina de la vida universal.

EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

UN SUEÑO.

Hay situaciones en el curso de la vida humana, lisongeras unas, amargas y dolorosas otras; dudosas y difíciles casi siempre: y es que el hombre no alcanza á comprender ni áun su propia existencia.

Yo he cruzado por unas y otras; las he saboreado todas; con placer algunas; á despecho las más; pero.... ¡ay, cuán poco duran las primeras! cuán veloz avanza el tiempo cuando en ellas el hombre se mece!

Si haciendo un esfuerzo sobrehumano, yo pudiera detener el tiempo, no hubiera huido, quizá, aquel en que dormia al dulce arrullo de la inocencia en los amorosos brazos de mi querida madre.

Cruzó veloz aquella embalsamada aurora; huyó para siempre tan halagador como risueño estado; cesó la verdad para dar paso á la duda más amarga y áun á la mentira.

¿Por qué salí de tan venturoso estado?

¿Por qué mi espíritu buscaba otro *más allá* desconocido?

¿Por qué ambicionaba volar, cuando ni dormir solo podia?

¿Es que el hombre, sin conocimiento suyo, sin determinacion prévia, sin saber por dónde pasa ni dónde concluirá, ansioso de

volar deja el bien por engolfarse en el tortuoso piélago de lo desconocido?

¿Busca la humanidad el mal como busca el imán el acero; como á la madre pátria el desterrado; como la libertad el cautivo? como el inocente la justicia; como el rio su desagüe; como el calor el equilibrio?

Si tal sucediese, si esto fuera una verdad; si fuera una fatal precision; si una necesidad fuera, el hombre sería doblemente desgraciado; toda vez que una fuerza superior, irresistible, directa, le empujaba hácia su perdicion.

¿Es que el hombre nace para sufrir?

No, no; esto no se puede creer; seria dudar de la infinita justicia de Dios.

¿Cómo es posible que siendo tan bueno, tan sábio y misericordioso, creara al hombre únicamente para hacerlo desgraciado?

Creer esto por un solo instante, es hacer una grave ofensa á la Suprema Causa que todo lo dirige; retener esta idea en la imaginacion es torturar el espititu sin resultado alguno; concebir tal desacierto, sería poner en duda el amor infinito del Padre Celestial.

Dios hizo al hombre, identificándolo con el progreso, para que fuera siempre, siempre, hácia Él; pero envolvió su espíritu entre la ruda corteza para que luchara.

Tampoco se puede concebir otra idea más justa.

¿Se puede saborear una victoria sin preceder el combate; la satisfaccion sin el trabajo; la felicidad sin méritos?

El espíritu tiene sus destellos divinos: por eso se dirige siempre á Dios.

La materia solo abriga pasiones: por eso mira continuamente hácia la tierra con sus miserias.

Aquí está manifestada la prevision del Hacedor.

Si el primero no tuviera el contrapeso de la segunda.... ¿qué méritos alegaria para disfrutar la felicidad que prometida tiene, y que sin duda más tarde ó más temprano ha de gozar?

Si la materia dejára de envolver al espíritu y luchar con él dejaria tambien de tener la importancia que se le atribuye.

Al desligarse estos dos principios, el espíritu busca á Dios: la materia se envuelve entre la materia.

El espíritu siempre luchando por su progreso: siempre la ma-

teria oponiendo resistencia á su elevacion, como queriendo sujetarlo: una lucha titánica se principia; lucha tenaz, duradera y necesaria, si se ha de acrisolar el destello divino que al hombre anima, y quedar purificado para dirigirse á su destino.

Por eso el espíritu goza su progreso: por eso la materia vuelve á la inercia que ántes de ese mismo lazo tuviera.

¿Qué acontece al espíritu al desligarse de una compañera que á todas horas le provoca á contínuo duelo?

¿Quién ha dicho sobre esta interesante ciencia la última palabra?

¿Quién ha iniciado una cuestion tan grande?

¿Quién se considerará tan sábio, que pulsando el compás que enlaza la *muerte* con la *vida;* más claro; la meurte, introduccion á la verdadera vida, y la vida ficticia que ahoga, que cansa, que principia desviando á la criatura de su Creador, diga: «Aquí estoy yo que soy el *no más allá?*

Aquí falta un punto que discutir.

A eso iríamos. Pero ántes conviene hacer una pregunta que interesa mucho, muchísimo.

¿Pueden los sueños convertirse en realidad?

Cuando niño, tuve sueños que el hombre ha visto despues con sorpresa confirmados.

Cuando hombre, presentimientos que luego fueron cumplidos.

Esta noche he tenido un sueño y un presentimiento.

¿Llegará el primero á convertirse en realidad?

¿Será el segundo una intuicion de lo que me espera?

Aquí está el sueño: veamos.

«Ví que un cuerpo parecido al mio, yerto, descolorido y cadavérico, estaba tendido en un lecho, al rededor del cual lloraban mis amigos.

«Yo trataba de inquirir la causa y consolarlos á la vez; pero mis palabras no eran atendidas.

Llegó mi esposa vestida de luto y llorando.

¿Por qué lloraba por una persona extraña?

Sin embargo, su llanto me llegaba al corazon.

Vinieron mis hijos, ataviados del mismo color, y sus lágrimas inocentes y verdaderas me ahogaban.

¿Qué sentimiento tan íntimo podia afligirlos, estando yo con ellos?

¡Qué lástima, á lo mejor de su edad! decian unos.

¡Ahora que principiaba á vivir! exclamaban otros.

¡Adios, amigo querido! repetian los más.

Y á todos embargaba el sentimiento, segun indicaban las lágrimas que surcaban sus megillas.

Y no habia uno solo, segun observé, que dejára de suplicar al Todopoderoso por el alma de aquel cuerpo.

¿Qué pasa aquí? ¿Por qué lloras, esposa mia? ¿Por qué llorais, hijos del corazon? ¿Qué sentimiento os aflige, mis desinteresados amigos? decia yo.

Y nadie me contestaba.

Todos, fija la vista en aquel cuerpo inanimado tan parecido al mio. ni aun se dignaron contestar á una sola pregunta de las mias.

Acaricié á mi esposa; besé á mis hijos: ni una ni otros me devolvieron estas naturales atenciones.

Apreté las manos á todos mis amigos, y todos me recibieron con un marcado desden, muy parecido á un calculado desprecio.

Nadie se cuidaba de mí, nadie me atendia; ninguno en mí fijaba su vista.

¿Qué delito he cometido yo; en qué les he faltado, para que todos, así mi esposa, como mis hijos y amigos, de tal modo me desprecien?—decia yo.

Sin embargo, á todos queria consolar; para todos tenia palabras de dulzura á fin de aliviar la pena cruel que sobre sus nobles corazones se cernia.

Y seguian las lágrimas, y el silencio aterrador continuaba, contristando mi alma.

Cuatro hombres mercenarios se presentaron en la estancia: á todos infundieron un no sé qué: á mí, confieso que me aterraron.

Alegres, como el idiota que entre sus manos mira la presa sin desvelos ni trabajos adquirida, tomaron aquel cuerpo y lo encerraron en una caja, sobre cuyo fondo negro se destacaban en dorados relieves un compás, una escuadra y otros varios instrumentos del obrero.

Sacaron el cuerpo de la casa.

La fúnebre comitiva partió silenciosa hácia el cementerio, lugar sagrado de los que respiraron; y yo, compadecido de aquel cuerpo tan parecido al mio, seguí á todos mis amigos hasta la fosa.

Ni uno siquiera se dignó contestar á una sola de las mil pre-

guntas que yo me permití hacerles sobre el cuerpo que iban á inhumar.

Llegamos al cementerio: aquello era muy triste para los que solo ven la materia en el individuo.

A mí me pareció que su puerta era la puerta que da entrada á una nueva y verdadera vida, á una vida independiente de las miserias humanas.

Aquellos mercenarios depositaron el féretro en la fosa: un amigo mío exparció timidamente y llorando un puñado de tierra que con sus lágrimas habia regado.

Todos se arrodillaron: elevaron sus preces al Altísimo y dijeron: «*Séale la tierra lijera.*»

Un sepulturero de hosca mirada, lábios gruesos y arrugados, negros dientes y nariz granujienta, tomó una ancha pala, y sin un átomo de sentimiento principió á cubrir aquel cuerpo tan parecido al mio.

Súbito, como herido del rayo, caí en tierra sin darme cuenta de lo que en mi derredor pasar pudiera.

Cuando desperté de aquel letargo, la noche con su negro manto labrado de estrellas, cubierto habia el horizonte.

Ningun sér viviente me rodeaba.

Todo indicaba que aquella era la morada de los que fueron.

Llevé á Dios mis preces por las almas de los que dejaron de sufrir, y cuyos cuerpos allí inertes moraban; y lleno el corazon de sentimiento por lo efímero de nuestra débil existencia, volvíme á mi casa.

Una observacion pude hacer en el camino: mis miembros se movian con más facilidad, y mis pisadas no resonaban como otras veces.

Todas las habitaciones estaban atest das de personas, que más bien se ocupaban en roer honras ajenas que en pedir á Dios por el alma del difunto.

¿Quién ha muerto para que en esta casa haya tanto aparato y tristeza tanta?—pregunté á mi esposa.

Y ni aun quiso levantar la vista para mirarme.

Interrogué á todos; prorumpí en voces desesperadas: todo mi afan se perdió en el desierto de aquella fria indiferencia.

Loco, desesperado, sin acertar qué hacer, ante tanto desprecio, corrí al acaso con una velocidad para mi desconocida.

No sé cuanto corrí; lo que sí puedo asegurar es, que cuando me detuve en tan vertiginosa carrera, Febo con sus fulgurantes destellos habia vuelto de nuevo á filigranar los indefinidos espacios de mil y mil incalculables horizontes.

Vime en un punto que yo ni aun soñado habia.

Sentado sobre una piedra que en la orilla del camino hallara, observé que pasaban y pasaban labradores, y ninguno me saludaba.

A muchos pregunté, y ninguno quiso contestar.

Yo, que siempre fuí caritativo por temperamento, amable y comunicativo sin violencia, padecia horriblemente al observar en todos tan inconcebible conducta.

Si alguno sobre mí posaba su vista, era de una manera vaga, sin expresion alguna.

Diríase que miraban á cualquier otro punto, y yo estaba en aquella direccion como un sér indefinible.

Alcé la frente y miré al sol; sus rayos no hacian mella en mis pupilas.

Corrí de nuevo; volé, más bien, salvando precipicios horrorosos, hasta que una voz, dulce como las armoniosas notas de un arpa eólica y conocida ya por mí como entre sueños, me llamó por mi nombre y me dijo:

¿Dónde vas?—¿qué haces?—¿por qué desesperado avanzas por el espacio sin direccion fija como un vertiginoso torbellino?

Ven, ven, hijo mio, ven.

Cedí á la dulzura de aquella encantadora voz; caminé hácia el punto en que me parecia oirla salir; pero no vi sér viviente alguno.

—Ven, ven, hijo mio, ven; seguia diciendo aquella melodiosa voz.

Y yo, atraido hácia ella, como el alma del justo camina hácia Dios, avanzaba y avanzaba.

Muchas veces vi bajo mis pies los célicos altares de Jehovah que tachonan la bóveda celeste; otras tantas observé que los mares se cernian sobre mi cabeza.

Y seguia la voz, y yo tambien seguia.

Y allá, entre el inconcebible éter luminoso, y rodeados de una atmósfera que irradiaba destellos fulgurantes, vi que flotaban mis adorados padres que con amor dulcísimo y santo me llamaban.

Un mancebo de blonda cabellera, ojos centellantes, vestido con una túnica más blanca que el armiño, flotando entre una aureola tan luminosa como si envolviera millones de soles, llegóse á mí, y con una voz digna de cantar las glorias del Eterno, me dijo:

—«Yo soy tu ángel custodio: sígueme con fé, que Dios te abrirá la puerta de la felicidad, como siempre lo hizo con todos aquellos que trataron de elevar su espíritu y como buenos cumplieron su mision sobre la tierra.

Vas á recibir el premio de tus trabajos, y como prueba de ello, mira cómo tu frente ostenta ya una aureola luminosa.

Tu cuerpo yace en la tierra; es el mismo que has visto inhumar: de allí salió, justo es que allí vuelva.

Pero tu alma, por mí guiada, y flotando sobre el espacio, irá, sostenida en el manto de la inocencia y tu justicia, caminando hácia el progreso que Dios le imprimiera en su creacion.»

. . . .

Un extremecimiento nervioso recorrió todo mi cuerpo al oir que era el mio aquel que yo habia visto desaparecer entre las cenizas de un cementerio: el choque de dos nubes cargadas de electricidad, y sin duda con signos contrarios, produjo un horrísono trueno y..... desperté, bañado mi cuerpo de un copioso sudor.

Suspiré tristemente, como aquel que despues de haber vivido y saboreado la opulencia, se vé sumido en la desgracia.

—«Qué te pasa? gritó sobresaltada mi esposa.

—Nada: soñé que estaba muerto. y sin embargo.... ¡¡¡cuánto he vivido en tan corto tiempo!!!»

. . . .

Si los sueños pueden convertirse en realidad, confieso que estoy satisfecho, porque este mio es consolador en extremo.

Otro más encantador no es posible concebir, dadas nuestras luchas y pasiones.

Si quien ha visto confirmados unos, cierra los ojos en otros, hace injustamente un paréntesis en la sucesion de su historia íntima.

Y yo no quiero paréntesis; me parece que hacen daño al progreso.

Despues de esto.... ¿qué razon hay para que las mismas causas dejen de producir idénticos efectos?

Desde que abrí los ojos á la razon he visto sucederse con un órden admirable las estaciones; he visto que la madre amó con mayor ó menor intensidad al hijo de sus entrañas; que los rios buscaron sus pendientes; la mariposa la luz; la abeja el cáliz de la flor; y el hombre la gloria.

¿Tendré razon para negar lo que no alcanzo á comprender?

Esto seria una falta lógica, y este arte me es demasiado querido.

Si de tal modo á obrar llegara, mi conciencia me acusaria; y yo no quiero ver airado al juez que á todas partes me sigue, como la sombra al cuerpo.

Será tan doloroso escuchar siempre: «¡No has cumplido tu mision!»

¡Será tan dulce la satisfaccion de la conciencia!

He visto siempre que al ejecutar una accion; una accion bella, de esas que la caridad prescribe y nuestro corazon aprueba, copiosas lágrimas de un gozo dulcísimo asomaron á mis ojos.

He visto horribles luchas en que el hombre mataba al hombre: y mi corazon, sin embargo de reprobar aquello, aún se endurecia.

Cumplamos nuestra mision sobre la tierra, y la muerte será el principio de la vida y la felicidad, como yo he soñado.

X.

EL PAÑO VERDE.

CUENTO POPULAR.

Un jóven, casado y con hijos marchaba por un camino solitario, en medio de un bosque, que si bien para algunos hubiera parecido de suelo estéril, para él era todo poesia y encanto.

La bóveda azul de la atmósfera presentaba su diafinidad no empañada por la más pequeña nube.

El monótono cantar de la cigarra; el afanoso paso de la hormiga; el vuelo incierto de la pintada mariposa, que libaba los cálices de las flores; el murmullo de las hojas; y de trecho en trecho, divizando á lo léjos la rubicunda espiga de los campos, que doblaba

su tallo al peso de los granos, cual si quisiera besar cariñosa á su madre la tierra.... ¡todo, todo respiraba sublimidad y delicias!

Abstraido en sus dulces pensamientos, caminaba con lentitud, cuando elevando sus ojos al cielo, dirigió una plegaria de gracias á nuestro Dios, que haciendo emanar su soplo divino de su omnipotencia, vino á dar intensidad al númen sagrado que animaba el cerebro del jóven.

En efecto; su musa, en medio de mil bellezas le hablaba de esta suerte.

¿No contemplas como nuestro astro del dia hace vibrar el éther, y á su benéfica influencia la naturaleza sonrie mostrando sus encantos? ¿No vés como la acarminada amapola estiende sus anchos pétalos, que respiran lozania y vigor, ostentando orgullosa un colorido inimitable, en medio de la acompasada oscilacion á que los impulsan las caricias de las auroras? ¿No vés su gallardia, y su brillantez? ¿No vés cómo se multiplica y cubre los campos, y aspira á sobresalir entre todas las demás flores, para luego atravesar una existencia efímera, fugaz, y una muerte triste y desconsoladora, pues de ella no queda ni aroma ni colorido?

Pues bien: así son las cosas terrenales: riquezas, orgías, placeres, palacios y carrozas, tienen el colorido de la amapola, pero su existencia es tan fugaz como la de aquella flor: deslumbran á la primera vista, pero no tienen aroma; aspiran á inundar los campos y solo hacen quitar el jugo á otras semillas benéficas.

Los bienes terrenales deslumbran al mortal; pero, ¡ay, de cuántas espinas está sembrado el campo donde crecen! El goce de ellos es constante aspiracion del alma, porque porporcionan descanso y dicha y en sí son buenos; pero en un mundo tan atrazado como este, en que el lado de los hònores y de las riquezas está el vicio y la miseria moral en todo su apogeo, el rico tiene muchas é importantes misiones que cumplir, lo cual es más dificil de practicar que sufrir con resignacion los trabajos de la vida, elevándose uno por sus propios esfuerzos.

Por eso en las posiciones modestas puede residir la virtud con más facilidad; por eso en las luchas con la pobreza es más fácil sostenerse que en la de las riquezas; porque estas tienen más peligros para el alma; peligros que la tienden un lazo para hacerla caer en las redes del orgullo, del desprecio, y del egoismo; que son los caminos contrarios al progreso.

Jesus ha dicho que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos.

Estas reflexiones escuchaba el jóven en su conciencia, cuando se apercibió de que habia pasado por una pequeña aldea, en cuyos afueras se destacaba una ermita, y á la sombra de sus toscos muros estaba descansando un pequeño grupo, que constituia una familia pobre.

Apenas ésta divisó al caminante, se deslizó entre la sombra una figura, que era la de un niño pequeño, descalzo y arapozo, que iba á implorar la caridad. El jóven vió que no tenia en su bolsillo moneda alguna de cobre, y como en su conciencia juzgaba necesario socorrer á los desgraciados, tomó la resolucion de dar una de plata, pero marchó hácia el grupo para entregársela al padre, el cual se puso en pié para recibirle. La madre quiso levantarse, pero no pudo: tenia una criatura en los brazos y quedó de rodillas.

—De dónde sois?—preguntó el jóven.

—De Asturias yo,—dijo el padre,—y mi esposa de la Mancha.

El jóven miró á la mujer; reconoció aquella cara; voló su espíritu al niño, y lo vió cubierto con un *paño verde* que procedia de su casa.... no se engañaba.

Entre tanto la mujer dijo.

—Anoche, señor, hemos dormido en el campo; no cenamos, vamos de viaje, y no tenemos que comer. ¡Denos V. una limosna por Dios!

El jóven reprimió una lágrima y dijo á la mujer.

—Esa *mantilla verde*, que cubre el tierno cuerpo de su niño, se la dió á V. mi esposa cuándo pediais limosna en el pueblo de S.... Tomad para comer ahora y Dios os proteja luego, como de seguro lo hará.

Y dejó deslizar entre las descarnadas manos de la mujer una moneda; á cuyo color los ojos de la desgraciada brillaron de alegria prorumpiendó y besándola:

—¡Que en el cielo vea V. el pago de su caridad!

El viajero se alejó de aquel cuadro para él desgarrador y grande á la vez.

A los cuarenta pasos volvió la vista, y ya el padre volaba á la inmediata aldea, sin duda para comprar pan.

Aquello entristeció al jóven y le hizo llorar.

Lloró lágrimss del corazon, el cual le palpitaba de dolor, y se sintió arrebatado de entusiasmo para elevar su espíritu á través del firmamento y dar gracias al Dios de las bondades, que tocaba con su divino dedo las fibras sentimentales del alma llamándole por el camino de la regeneracion.

Así lo hizo: y despues no podia conformarse con los pensamientos pueriles de la vida.

Ahora contempla en el espacio el pájaro de negro plumaje, que con su lento vuelo riza las ondas aéreas; luego desde la cúspide de una montaña, vé estenderse á su vista un panorama encantador donde altas rocas le interceptan el paso, ó ya le ofrecen sombra en sus huecos cavernosos, recordándole la formacion de terrenos cretáceos, para desde allí volar su pensamiento al crecimiento sucesivo de las capas y hacerle sentir la vida del planeta; más tarde vé su líquido y azulado prisma serpenteando en el verde tapiz que cubre el suelo, y allá en su fondo ostentando los anfibios su verde piel, ó bien su superficie volando en grupos desordernados infinidad de dípteros de alas diversamente coloreadas. Mas allá las rocas lamidas en su pié por un ruidoso arroyo que cerca una pradera: la solitaria fábrica, que descuella en el follaje, ó las tétricas ruinas de un castillo feudal con sus románticas almenas que de minaretes del Señor se han convertido en guarida de cuervos y murciélagos....

Pasó el tiempo....

El jóven llegó al fin de su jornada; volvió en sí de su mágico viaje; y lo primero que hizo, bajo la impresion todavía de su dulce éxtasis, fué escribir á su esposa una carta concebida en estos términos:

«Esposa mia: bendigo tus buenos sentimientos, que me han proporcionado la dicha de ver un desgraciado niño con sus carnes cubiertas de un paño verde que tu caritativo corazon dió á su madre, cuando un dia te movieron á compasion sus ayes lastimeros que imploraban limosna á la puerta, y te ofrecian á la vista una criatura recien nacida y desnuda.

»Yo esposa mia, me siento como un enviado de los ángeles para darte las gracias por tu obra. El paño que tú la diste es el único paño que tiene. Ese paño recorrerá el mundo: y así como yo lo he visto á más de diez leguas del punto donde estás, tú lo verás infinitamente más léjos, porque no dudes que en la otra vida, en

la vida de las realidades, allí donde todo es verdad y justicia, las buenas obras las verás escritas sobre un paño verde de esperanza y alegria, con caractéres de oro y púrpura, para que sirvan de estímulo á los buenos; y todas las malas, todos los desprecios á los pobres, estarán sobre un paño negro, tétrico y sombrío como el remordimiento, que hiele el corazon de los malos.

»Yo te bendigo, esposa mia, enviándote un abrazo; y para nuestras niñas, para nuestras hijas, desplego los lábios lanzando un beso, que el céfiro sin murmurar se encarga de llevar, cual sutil aroma, para depositarlo en los rosados lábios que se destacan en medio del anacarado cútis de esas criaturas angelicales.

A Dios.»

Escrita esta carta descansó el jóven; y más tarde entró en una catedral donde fué á orar.

Allí, bajo las arcadas marmóreas de una oscura capilla, elevó sus ojos á Dios; cantó un himno de alabanzas en su alma; dirigió su ferviente pensamiento al elevado espíritu de la Madre de Cristo; y despues de llamarla espejo de justicia, rosa mística, torre de marfil, casa de oro, puerto del cielo, estrella de la mañana, salud de los enfermos, y refugio de los pecadores....

Salió del templo con el corazon contrito para ir al campo á respirar el aire oxigenado que dilatára sus pulmones oprimidos por las emociones; y para gozar de la perspectiva de un sol poniente, que hundiéndose en el ocaso entre fantásticas nubes, iba con su muda melodía enviando hasta el cielo un cántico armonioso que los coros de ángeles unian al suyo para cantar al Señor.

Esta es la historia del *Paño Verde*. Su moraleja nos enseña que todo lo que nos rodea es una epopeya para el alma del que obra bien, y la vida un himno perpétuo para el que siente el Poder de la Divinidad, como fuerza suprema del mundo y esencia universal que todo lo llena.

Ello enseña los goces inefables que proporcionan la fé y la práctica de la virtud, aun en medio de lo estéril, en medio de los actos más sencillos de la vida.

Conque así, jóvenes lectores, practicad la virtud y sereis dichosos.

Y hasta otra vez, que os recitaré otro cuento, si este os agrada.

MANUEL NAVARRO MURILLO.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera que no hayan satisfecho el importe de su suscricion, se servirán hacerlo cuanto antes, y de no verificarlo, nos veremos precisados á suspender el envío de nuestro periódico.

LAZOS INVISIBLES,

POR ENRIQUE MANERA.

Se halla de venta en la imprenta de este periódico, calle de Génova numero 48.

SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ M. ARIZA,

Génova 48 y Duende 4